



Discernimiento

Haciendo camino con Jesús

“Si somos llamados, tengamos valor; nuestra fe nos salvara. Vayamos nosotros mismos a la escuela de nuestro Divino Maestro” (PO, Espíritu de la Casa).

Caminar con Jesús es construir la propia vida con los cimientos de la fe, que en muchos momentos la vivimos como pregunta, y en otros como respuesta.

Todos hemos recibido de Dios una llamada y en la respuesta que damos, aprendemos a descubrir a conocer y a encontrarnos con Dios. ¿Sabes a qué te llama Dios?.

"Establezcamos primero en nosotros el Reino de Dios. Busquemos su justicia y su gloria” (PO, Espíritu de la Casa).

Tiempo de discernimiento

La época que vivimos, de grandes cambios, pide de todos, madurez para saber elegir y mucha libertad para discernir. Todo lo que se nos presenta puede ser muy bueno, sin embargo necesitamos examinar si viene de Dios, ya que no siempre todo lo que se presenta como bueno resulta ser lo mejor y lo más conveniente.

"Pero examinemos de qué espíritu somos. Hemos sido enviados para salvar las almas y no para perderlas" (PO, Espíritu de la Casa).

¿Por qué necesitamos discernir?

Porque los problemas de este mundo son también problemas del Espíritu. Discernir es una actitud siempre nueva de vivir la relación con Dios. Es un camino de identificación con el proyecto del Padre, es don del mismo Espíritu.

El fin del discernimiento es la renovación y transformación personal; esta actitud de cambio revela el paso de un saber al otro saber, surge un movimiento interno y una gran confianza. Pasamos de la escala de valores del mundo, a la escala de valores que propone Jesucristo. Cada vez más, se hace imprescindible discernir para elegir, optar y decidir. ¿Hay alguna situación de tu vida, que necesites conversar con Dios y discernir?.

“Hemos querido que ninguna de nuestras Hermanas se meta en ninguna obra, por muy hermosa e importante que sea, sin tener misión para ello, y cada corporación religiosa como cada uno de sus miembros, tiene su misión especial y su trocito de bien como su modo de hacerlo” (PO, 1851).

La comunidad ilumina habitualmente con la Palabra las realidades presentes y busca a través de ellas los signos de la voluntad de Dios (CC. Art.33).

1Jn 4,1: "No os fieis de todo espíritu, sino examinad los espíritus, a ver si son de Dios".

Gál.5, 22-25: "Los frutos del Espíritu son: caridad, alegría y paz, paciencia, comprensión de los demás, bondad y fidelidad, mansedumbre y dominio de sí mismo..."

Efesios 5,8-9: "Ustedes eran tinieblas, pero en el presente son luz en el Señor".

"La resolución de que me da Vd. parte, ha sido tomada demasiado rápidamente; para tomar tales resoluciones, es preciso más reflexión y después consultar... No busque nunca hacer su propia voluntad, más bien haga la de Dios Nuestro Señor que está manifestada en la voz de sus Superiores. Un poco más de calma, mi querida hija" (MSP, 1853).

"Pedid a Dios el espíritu de discernimiento y la sabiduría para hacer todo lo que hace falta, y nada a destiempo. ... Todo es posible a la buena voluntad" (PO, 1863).



Don

**“Cada uno ha recibido de Dios un don propio para bien de la comunidad” (1 Cor 7,7; 12,7)
(PO, Espíritu de la Casa)**

¿Cuál es mi Don?

DIOS se manifiesta en cada persona, derramando sobre ella su regalo con el fin de capacitarla para la misión de amar, de auto-construirse, para ser. Todos poseemos un don, un regalo, una manera de ser que no hemos aprendido, que ha nacido con nosotros.

El don está dentro, nos pertenece, nos configura y se manifiesta en nuestras acciones, en nuestra manera de ser y vivir. El don nos da identidad. Arranca de nosotros lo mejor que somos. Por él, regalo personal, somos seres originales, únicos, de manera que, sin el don, “yo no soy la que soy”. Sería otra persona.

El don personal con el que hemos sido identificados es una faceta del amor y se nos ha dado para que podamos vivir amando puesto que el amor hace, de la persona misma, un don.

La verdadera grandeza del ser humano, su misión o cometido en la vida es amar, mostrar el rostro de amor

de Dios, mostrar su bondad con la nuestra propia. El ser humano no puede vivir sin amor.

El Espíritu actúa dentro del corazón, en el centro profundo donde la persona nace al amor, el don de todos los dones. Y con ese don cada persona puede reflejar aspectos específicos de la bondad y belleza de Dios. Así nos lo recordaba nuestro Padre Ormières. En él resonó especialmente esta palabra de S. Pablo a los Corintios (*1 Cor 7,7; 12,7*) y así nos ayudó a captarla y a incorporarla en nosotras.

Al lado de nuestra grandeza existe nuestra vulnerabilidad y la fragilidad que nos conforma y no podemos ignorar. De nuestras heridas brotan las conductas reactivas y defensivas. Estas conductas tapan y ocultan el don, lo entierran. Nos hacen desconectar de lo mejor que somos, oscurecen la vivencia del don.

A pesar de tanta contradicción como existe en cada ser humano, nada ni nadie puede robarle la riqueza que realmente tiene dentro, dones que claman por emerger, por hacerse presentes en su conducta y en su vida diaria.

Cada persona ha de trabajar todos sus condicionamientos y heridas para no dejarse derribar por las poderosas fuerzas del exterior y del interior de sí misma.

Sólo un corazón sensible al regalo de Dios, a su llamada, puede ver la misión para su vida, puede vivir el don, es decir, vivir la fidelidad a uno mismo. Puede sentir la felicidad verdadera, lo que nos da satisfacción interior, y, de cierta forma, nos hace sentir realizados y únicos.

La Palabra nos ilumina

Jeremías 1,5

Mateo 25, 14-30; 1Cor 12, 1Cor 13;

2 Cor 4,7; 1Pd 4,10

